

¡llega pronto, sin temor,
con la guadaña en la mano!
La Muerte no tiene entraña
para sentir el amor.
Siega las vidas con saña.
Si vuelve por la montaña,
por donde el aire traidor,
¡¡siégala con tu guadaña,
segador!!!

PIERROT EN LA SIERRA

SCHERZO

Es una noche de luna clarísima,
sin una gasa de niebla importuna.
Á los pinares, pinares de nieve,
baja Pierrot en un rayo de luna.

Llega Pierrot, deslizándose; joven,
ágil, gallardo, con rostro risueño.
Llega gentil, por un rayo de luna,
cual por la escala de un místico sueño.

Baja á la orilla del trémulo río,
que entre peñascos sus ondas desata,
todo sembrado de chispas de luna;
toca en la orilla de un río de plata;

trémulo río, de espumas cubierto,
que, cual Pierrot, va vestido de blanco,

y con sus risas constantes alegra
las arideces de un hosco barranco.

¿Qué es lo que busca Pierrot, decidido,
por el pinar, tan hermoso y agreste,
por estas márgenes del río de plata,
y en esta noche, tan clara y celeste?

¿Qué es lo que busca Pierrot en la Tierra?
Claro lo dice su afán amoroso,
que, bajo el cielo tranquilo, contrasta
con la delicia de tanto reposo.

Busca á su hermosa gentil Colombina.
Ella, que es pródiga de vanos caprichos,
en la aventura de trágicos hechos
como en la gracia de cómicos dichos,

plácese á veces, en estas fragantes
noches serenas de un cálido Junio,
mientras inunda los cielos de encanto
la claridad del azul plenilunio...

plácese en dar diversión á sus ocios,
sin refrenar su indomable albedrío;
por estos anchos y hermosos pinares,
á las orillas del trémulo río.

Deja su mundo, tan grande y fantástico,
por este mundo, vulgar y pequeño...
donde parece su vida romántica,
más que en el otro, la historia de un sueño.

Náyade siéntese, del río en las márgenes;
húmedas hierbas la sirven de adorno.
Presto desnuda su cuerpo hermosísimo,
cifra perfecta del curvo contorno...

Y al descubrir perfecciones tan raras,
sin una sombra de gasa importuna,
¡más se estremecen las ondas del río!
¡más se estremecen los rayos de luna!

Ella no advierte que tiemblan las aguas,
ni que, al mirarla, suspiran las frondas;
¡dócil entrega su cuerpo blanquísimo
á las caricias de amor de las ondas!

Súpolo ha poco Pierrot, en su mundo;
supo de tales alegres hazañas,
por estos anchos pinares magníficos,
en estas verdes y hermosas montañas;

y con afán de causarle desvelos
presto Pierrot devolvióse á la Tierra;

¡a los pinares, pinares de plata!
¡al corazón de la mágica sierra!

Vió, de improviso, detrás del ramaje
como brillar los destellos de un astro;
como una imagen de diosa, blanquísima;
como una estatua, de puro alabastro;

y era su amada la imagen, la diosa,
y era su amada la fúlgida estrella,
más que vestida con galas, desnuda,
toda desnuda, — ¡qué asombro! — más bella!

Verla y llamarla fué todo en un punto.
Roto, en un punto, quedóse el encanto.
Ella le vió, y un momento quedóse
como clavada, clavada de espanto.

Pero, bien pronto, repuesta del susto,
fuese á la margen, con planta muy leve,
y se internó por las frondas amigas,
abandonando sus ropas de nieve.

Él, que la sigue, su amada escapándose,
luego la emprenden con larga carrera;
él, como gamo robusto y airoso,
y ella cual corza gentil y ligera.

Van por los prados, corriendo y corriendo,
y alborotando rediles y apriscos;
ganan un monte, y al cabo la cumbre,
con sus murales coronas de riscos.

Ya por las peñas, vestidas de musgo,
al pretender avanzar, se resbalan;
ya con los pies y las manos á un tiempo
moles terribles de piedras escalan.

Casi llorando, con voz de cariño,
él la suplica, que ceda y se fie...
¡mientras la luna parece una cara
que de algún cómico lance se ríe!

¡¡Ay de la Amada, que escapa á su dueño!!
Al descender por abrupta ladera,
ya fatigosa..., nublados sus ojos...,
entre zarzales quedó prisionera.

Llega Pierrot. ¡Ya la tienel ¿Principia
la escena, acaso, de un trágico drama?
No. ¡Se repite la amable comedia
del caballero galante y su dama!

Él la perdona, con frases de amores.
Ella le mira con mudo embeleso.

¡Pronto un abrazo, de nuevo, los unel
¡Junta, muy pronto, sus bocas un besol

¡Y él, todo blanco, su Amada blanquísima,
sin una sombra de gasa importuna,
suben al cielo, los dos, abrazados,
sobre dos trémulos rayos de luna!..

AGUA DEL CIELO

Los campos, curtidos
del sol y del aire,
clamaban sedientos
por lluvias benéficas.
La lluvia ha llegado
por fin, con la tarde;
la lluvia anhelada,
copiosa y serena.

Sintiendo sus gotas,
sus gotas purísimas,
las ramas se yerguen,
se esponjan las flores,
y un rápido aliento
de intensa alegría
parece que pasa
por valles y montes.

Los campos embeben
las trémulas gotas,
y olores despiden
fragantes y frescos,
y, al fin, cuando acaba
la lluvia piadosa,
¡parece la tierra
vestida de nuevo!

LA DE LOS OJOS NEGROS

Zagala del gesto triste,
zagala trigueña clara;
con bella frente, de diosa;
con fino cuerpo, de estatua;
la de la boca encendida
más que la abierta granada;
flor de los tétricos montes
como la flor de las jaras:
tienes los ojos muy negros
y tan ardientes, que abrasan;
ojos grandes, que asesinan
ó enloquecen á mansalva,
con las pupilas muy hondas,
con las pestañas muy largas.

Por eso un mozo moreno,
que está por las mozas guapas,
anoche se fué á cantarte
debajo de tu ventana,
con su voz la más pulida,
y al compás de su guitarra:

*A todos los ojos negros
los van á prender mañana;
tú, que tan negros los tienes,
échate un velo á la cara.*

Nunca ha mentido la Musa
popular, sencilla y franca,
ni cuando goces predice,
ni cuando males presagia.

Atiende bien sus consejos,
no los olvides, zagala,
y échate un velo tupido,
muy tupido, por la cara.
Mira que tus ojos negros,
los de tan negras pestañas,
son candelas porque encienden,

y puñales porque matan...
¡y ya sabes lo que dice
la copla que te cantaran:

*A todos los ojos negros
los van á prender mañanal..*

LA TORMENTA

El pueblo, y el monte, y el amplio contorno,
se rinden postrados. Aplana el bochorno.
Las tierras abrasan lo mismo que un horno.
Difusa calina, difusa y confusa,
recubre los picos, los puertos, en torno.

Se ahogaba la brisa; dejó la arboleda.
El aire, en el bosque, dormido se queda.
Aliento cansado de un pecho remeda.
A rastras la densa neblina camina.
Vapor asfixiante cubrió la roqueda.

No es grato: fatiga tan hondo sosiego.
Los árboles callan, los pájaros luego.
Las aguas se niegan al salto y al riego.
Parece que el aire contagia; presagia
que vienen, que llegan las nubes de fuego.

El fuego en sus hondas entrañas se encierra.
 Son nubes de espanto; son nubes de guerra.
 Temblando á sus iras, se postra la tierra.
 Ya vienen las nubes airadas,
 las nubes preñadas
 de males y daños, las nubes de guerra.
 Ya vienen, ya tienen
 cogida en sus garras á toda la sierra.

En tanto, sofoca y aplana el bochorno.
 Las tierras transmiten la fiebre del horno.
 El aire en el bosque dormido se queda.
 Aliento cansado de un pecho remeda.
 Recubre los montes intensa calina,
 y á rastras la densa neblina camina.

Un aire se mueve, muy leve... muy leve...;
 un aire muy breve
 que apenas se mueve;
 un aire muy manso que á nada se atreve;
 un aire muy ledo, muy quedo;
 un aire que tiembla, que tiembla de miedo...

El aire, tan quedo, se agita;
 despierta, palpita...
 Un soplo que llega del monte lo excita.
 Sus alas extiende.

Por toda la anchura del valle se tiende.
 Ya vuelos emprende.
 Su soplo es de fuego: las tierras enciende.
 De pronto, en un solo y horrible momento,
 se espanta, se encoge con tímido aliento,
 captado, cazado, comido del viento,
 y un cálido viento sus furias desata:
 el viento invencible, fogoso, terrible,
 ¡que ciega y que mata!

El viento es heraldo que manda la nube.
 Lo mismo que el águila viene.
 Lo mismo que el águila sube.
 Sus golpes no cuenta;
 ni pára ni alienta;
 parece que el mismo volar lo acrecienta;
 que el ímpetu mismo que lleva lo anima.
 De un salto — ¡miradle! — se planta en la cima
 que busca el milano y el pino corona,
 y allí, con acentos de furia violenta,
 con bárbaras voces, publica y pregona
 que acude, que viene detrás la tormenta.

Llegó como un monstruo, que teme de nada;
 se entró por el puerto, barrió la cañada,
 cual monstruo de múltiples brazos,
 que á ciegas reparte sus recios zarpazos.

Acá se levantan, y allá, remolinos
 que en ondas y en lluvia de polvo concluyen;
 que barren atajos y borran caminos...
 Los pájaros llegan; los pájaros huyen...
 Los árboles locos parecen,
 que así cabecean, y tal se estremecen,
 y tal, con temblores de rápidas llamas,
 agitan, nerviosos, las trémulas ramas.
 Y en vano á la lucha se aprestan.
 Prendidos, sujetos del suelo en que viven,
 con débiles golpes sus brazos contestan
 al golpe feroz que reciben.

¡Ya vino la nube! Ya rasga sus senos,
 volcando la lluvia á torrentes;
 rebosan sus aguas los cauces rellenos;
 el torvo nublado vomita serpientes
 de escamas ardientes...
 ¡Ya ciegan los rayos y aturden los truenos!
 Jamás la tormenta—¡cuán brava! ¡cuán dura!—
 pasó ¡deslumbrándome! con tanta hermosura.
 ¡Jamás á mis ojos pasó tan altiva,
 tan larga, tan recia, tan grande, tan viva!
 ¡Jamás la anunciaron, con tales acentos,
 con ímpetus tales, sus ásperos vientos!
 El rayo que baja
 cortando las nubes, ya es filo que taja;

ya es punta que escinde, que raja;
 ya es mazo tremendo que rompe y desgaja;
 ¡ya es fuerza de alud que descual!
 Ya viene de un trazo, seguro, certero:
 ni un punto en las ondas del aire se quiebra.
 Ya traza en las ondas del aire ligero
 la marcha ondulante de larga culebra.
 A veces, difunde su luz azulada
 por toda la extensa cañada;
 á veces, sumando sus cárdenas lumbres,
 lo mismo que un dardo se clava en las cumbres,
 y en tanto, con voces de trágico treno,
 retumba, de valles en valles el trueno.

Más fuerte retumba
 que el viento que silba, que clama y que zumba...
 ¡Retumba!, ¡retumba!, ¡y asombra y arredra!
 ¡Parece que estallan los montes de piedra!
 ¡La bóveda inmensa parece que cruje!
 ¡Parece que el aire fatídico ruge,
 con otra tormenta, de olímpicos celos;
 que pone en los cielos rabiosos anhelos;
 que escala el nublado, con rápido empuje,
 con súbitos vuelos,
 y al cabo, triunfante, clavando su garra,
 con fuerzas de Atlante, desgarrar... desgarrar...
 desgarrar los cielos!!!

¡Tormenta grandiosa!.. por tí transformado,
 por tí saturado
 del hálito mismo, quizás, que te lleva,
 ¡retorno á la vida del tiempo pasado!
 ¡mi espíritu, alegre, su vida renueva!

Por tí, y en tu seno,
 mejor que en las horas del ocio y la calma,
 disipo mi angustia, mis ansias enfreno;
 ¡restauro los bríos del cuerpo y del alma!
 Sacude mi cuerpo su torpe desmayo;
 mi espíritu alienta, mi espíritu sube,
 y en fáciles vuelos sus alas ensayo;
 mi espíritu quiere subir con la nube,
 volar con el aire, vibrar con el rayo;
 tornar al ensueño, tornar á la altura,
 sin mal que le postre, sin ley que le mandel...
 Tormenta grandiosa,--¡cuán brava! ¡cuán dural!--
 ¡mi espíritu adora tu larga aventura,
 tus libres alientos, tu espíritu grande!

¡Volvedme, los vientos
 de libres y fuertes y puros alientos,
 tornadme á las fuertes y sanas canciones!
 ¡Seguid alumbrando mi ruta, centellas!
 ¡Vibráis como grandes y locas pasiones!
 ¡Volvedme á las mías! ¡¡No vivo sin ellas!!

¡Descarga la nube, rasgando sus senos,
 volcando la lluvia á torrentes...!
 Rebosan sus aguas los cauces rellenos.
 El torvo nublado vomita serpientes
 de escamas ardientes...
 ¡Los rayos deslumbran! ¡aturden los truenos!
 Y en tanto, la hermosa tormenta me agita,
 me alegra, me excita;
 ¡con gozo del alma mi pecho palpita!
 ¡Señor de los valles, Señor de la sierra,
 Señor de las aguas del mar y del río!
 ¡Señor de los Cielos!.. ¡Señor de la Tierra!
 ¡Dios santo!.. ¡Dios mío!
 ¡Rendido á tus plantas mi amor te consagro!
 ¡Ya vuelvo á ser mío!.. ¡Recobro mi brío,
 siquiera un instante, por nùevo milagro!
 ¡Señor, que los orbes gobiernas,
 Señor de los mundos y Padre del hombre,
 Señor de las grandes verdades eternas,
 cien veces, mil veces, bendigo tu nombrel
 Por Tí, que perdure mi juicio sereno;
 por Tí, que me salve de nuevo desmayo.
 ¡Quisiera ser fuerte!.. ¡Quisiera ser bueno!
 ¡Si no, que enloquezca, por obra del trueno!
 ¡¡si no, que sucumba, por obra del rayo!!

ROSAS DEL MONTE

En el jardín de una casa
refugiada en el pinar,
ayer tarde ví unas rosas
como no las ví jamás;
flores campesinas, flores
de una montaña feraz,
nacidas como entre peñas,
en un silvestre rosal.

Grandes son, como la cara
de un niño, si no son más.
Con matiz incomparable
vestidas de rosa están.

En los labios de una virgen
no se admira tono igual;
por la finura, purísimo;
por la color, singular.

Y es tan intenso y fragante

su aroma primaveral,
que no tan sólo el sentido
se complace en aspirar
el perfume delicioso,
y exquisito, y especial,
de un olor tan regalado,
¡que es el sumo regalar!
El alma entera lo aspira;
con gusto no, ¡con afán!

Flores campesinas, flores
de la montaña feraz,
que nacisteis por impulsos
de la Tierra y del Azar,
y esquivasteis las caricias
de monstruo del huracán
resguardadas por los troncos
apretados del pinar:
símbolos sois, admirables,
de belleza natural;
de la belleza que en vano
los hombres imitarán,
porque las artes del hombre
no la pueden imitar.
No conoceréis vosotras
el aire de la ciudad,
que os marchitara muy pronto,

como atmósfera letal.
Símbolos sois de una vida
toda en un mismo lugar,
donde la vida y la muerte
tan juntamente se dan.
Sobre los brazos maternos
de las ramas del rosál,
os marchitaréis tranquilas,
moriréis en dulce paz,
y otras flores, en los mismos
tiernos brazos nacerán,
con las rimas de sus pétalos
satisfechas de cantar,
á la paz de sus montañas,
á su existencia fugaz,
y á los primores y encantos
de la hermosura sin par:
la vuestra, rosas del monte,
¡la belleza natural!